

Retórica y socialización en tres generaciones*

José Fernando Ossa Ramírez

Psicólogo
fossa@usb.edu.co

Elsy González Velásquez

Psicóloga
elsy156@hotmail.com

Luz Estela Rebelo Quirama

Psicóloga
luzrebelo@hotmail.com

Grupo de investigaciones "Estéticas urbanas y socialidades"
Universidad de San Buenaventura Cali

Resumen

El presente texto ha sido elaborado a partir del informe final de una investigación sobre representaciones de comunicación verbal entre padres e hijos de tres generaciones. Mediante un análisis del discurso se estudia los usos populares de algunas figuras retóricas en sujetos ancianos, adultos y jóvenes de estrato social medio, indagando su relación con las características de los contextos y las prácticas sociales de cada generación. El análisis de los discursos muestra que las formas retóricas cumplen la sutil función de legitimar y mantener las prácticas y las representaciones sociales hegemónicas en cada generación. Los discursos sobre crisis familiar en la comunicación suelen ocultar el surgimiento de otras prácticas y representaciones alternativas que se enfrentan con las imperantes. Si bien la retórica obra en la dominación, abre alternativas de teorización e intervención en una dirección crítica, en sintonía con el reconocimiento de la pluralidad y las diferencias.

Palabras clave: Retórica, socialización, representación, comunicación, familia.

Abstract

This text has been written based on the Final Report for research made on verbal communication representations amongst parents and children from three generations. Popular uses of rhetorical figures in middle class elders, adults, and young subjects are studied through a discourse analysis, inquiring about its relation to each generation's contexts and social practices characteristics. The discourse analysis shows that rhetorical forms fulfill the subtle function of legitimizing and maintaining the hegemonic practices and social representations of each generation. The various discourses on family crisis in communication usually hide the emergence of other alternative practices and representations which are opposed to the ones dominant. Yet, rhetoric operates in the dominant order, it opens alternatives of theorization and intervention in a critical direction, tuned in with the recognition of plurality and difference.

Key Words: Rhetoric, socialization, representation, communication, family

* Este artículo es resultado del proyecto de investigación "Retórica y socialización", del grupo de investigación "Estéticas urbanas y socialidades", registrado por Colciencias e inscrito en el Centro General de Investigaciones de la USB Cali.

Fecha de recepción: Agosto de 2003.

Aceptado para su publicación: Noviembre de 2003.

Introducción

Las sociedades actuales son multiculturales y contradictorias. Al hablar de crisis de la familia se ignora que las formas particulares de agrupamiento que la modernidad impuso como las normales no fueron ni serán las únicas. Los procesos sociales, culturales y económicos han cambiado y con ellos las prácticas y las formas de agrupamiento. La condición postmoderna (Lyotard, 1979) muestra un social diverso y polifónico que ha dejado de tener un solo centro. Desde la revolución cultural de los años sesenta se vive en medio de inusitadas transformaciones en una serie de prácticas que se creían universales (Maffesoli, 1988). Emergen inusitadas formas de vida, identidades, roles, normas y costumbres (advirtiendo que la irrupción de lo nuevo no supone la desaparición total e inmediata de las formas tradicionales). De igual manera, las representaciones tradicionales se vuelven anacrónicas porque sus fundamentos mismos están cambiando. Estas transformaciones no tendrían porque ser necesariamente un proceso armónico. En una dirección interdisciplinaria, la presente investigación estudia la relación entre la retórica verbal y la socialización (en un grupo de quince ancianos, quince adultos y quince jóvenes de clase media popular de la ciudad de Cali). Para resolver lo anterior se hace un estudio comparativo de los cambios y continuidades en las retóricas verbales que nombran las representaciones de comunicación familiar para cada generación.

Se cuestionan las ideas psicológicas tradicionales de comunicación y socialización familiar, por privilegiar el estudio de sujetos individuales o grupos aislados o como expresión de la transmisión exitosa o defectuosa de al-

guna norma o modelo comunicativo universal fundamentado científicamente (por ejemplo el modelo patriarcal monogámico del Edipo freudiano), (Freud, 1912; Badinter, 1980). La retórica sobre la que se monta el poder del padre en la generación de ancianos comienza a mostrar su decadencia cuando se derrumban los modelos patriarcales junto a la crisis económica del pequeño propietario (deudor de modelos económicos que pierden su posición de poder ante la irrupción de la industria, el comercio y la vida en ciudades modernas). Dichos ideales ordenadores y homogeneizadores de la realidad, que ponen al padre en el lugar central, se montan sobre proyectos, modelos o concepciones unitarias de la familia que han entrado en crisis. Por ello se hace necesario el reconocimiento de la pluralidad de modelos de socialización familiar y de grupalidades distintas a ella que están cumpliendo sus funciones, tales como el grupo comunitario de pares, los modelos televisivos, los parches y galladas, las suplencias y paternidades diferidas (Delaisi, 1986).

Partimos de una hipótesis (Gergen, 1994) según la cual, la retórica (limitada en esta investigación al estudio de tropos o figuras) es un elemento central en la construcción de representaciones de realidad. Mas allá de meros adornos o desvíos a las normas del lenguaje (Ducrot y Todorov, 1974), las figuras retóricas cumplen activamente la función de legitimar determinadas prácticas sociales, colaborando en la construcción e imposición de significados compartidos en determinado contexto social generacional (Bruner, 1990). La realidad, la verdad del pasado o del presente que se cree describir con exactitud, con la presunción de autenticidad, es una tramitación na-

rrativa y retórica (Van Dijk, 1994). Al resaltar la tramitación retórica de los acontecimientos, se cuestiona las lecturas esencialistas comunes a las teorías psicológicas y a los programas de salud pública (que intentan imponer patrones o sentidos fijos y universales de normalidad y salud, diagnóstico e intervención). Estos discursos psicopatológicos creen dar cuenta de un saber objetivo y buscan restituir determinados modelos ideales de normalidad o desarrollo óptimo.

Se propone un estudio comparativo de las diferencias y semejanzas entre las formas estéticas de los relatos de ancianos, adultos y jóvenes, situándolos en sus contextos sociales, ya que dichos mecanismos retóricos-narrativos, son diseñados y funcionan—de manera consciente o no— en concordancia a lógicas sociales imperantes, como resultado de prácticas sociales en contextos espacio-temporales particulares (Van Dijk, 1994). Las representaciones, a la vez de ser construidas por lo social, son ellas mismas prácticas sociales sobre las que reposa una fuerza constructora, para nada ingenua o gratuita. Las representaciones tienen intereses, son parte de procesos sociales y para fabricar hechos y realidades naturalizan valores, categorías morales, legitiman prácticas y roles sociales (por ejemplo los ideales de padre y madre). Hacen ver como hechos sólidos y objetivos (verosímiles) determinado tipo de acontecimientos que garantizan cierto mundo común, cierta realidad compartida y cierta ilusión de comunicación.

Al narrar ante un entrevistador, al contar una historia, la forma misma de contar, los tropos y metáforas utilizados modelan los aconteci-

mientos mediante descripciones más o menos organizadas que, además de desempeñar la función particular de acreditar una construcción, permiten rebatir cualquier posibilidad de duda o contra-versión (a su vez sirven para deslegitimar otras representaciones, roles, valores y prácticas sociales). Es decir, la tramitación retórica de la representación misma la hace convincente y creíble. Las retóricas o tropos del discurso no sólo hacen eficaz o verosímil una representación; las descripciones fabrican los hechos (ellas mismas son “los hechos”) mediante una serie de mecanismos que “crean la sensación” que lo que escuchamos, vemos o leemos, es objetivo o natural; que el relato es coherente y que la memoria es la captación más o menos exacta de un recuerdo vivido (Vásquez, 2001). La coexistencia de múltiples representaciones develadas en su carácter relativo como construcciones estético-retóricas, pone en crisis la manera tradicional de pensar la clínica moderna como una ciencia o método capaz de representar la verdad última de lo humano y de crear modelos y objetos estructurados o sistematizados; cuestiona a la clínica como un saber sobre la normalidad y la patología basada en procesos o esencias precisas y constantes que termina convirtiéndose en criterios de realidad y de vida (Foucault, 1963).

Metodología

Muestra

Se seleccionaron para el análisis 45 entrevistas (15 ancianos, 15 adultos y 15 jóvenes). El criterio de selección fue la mayor profundidad,

significatividad y desarrollo en las respuestas producidas por los informantes después de la revisión de aproximadamente 150 entrevistas realizadas inicialmente. Se buscó también sujetos agrupados por características de estrato social similares (estrato social tres o medio, definido por la ubicación urbana de la residencia del informante en las zonas estratificadas como tales por el gobierno municipal y que aparecen en los recibos de servicio público). Se consideró adecuado extender la indagación a tres generaciones, dado que con ello se encontró un material más rico y pertinente para pensar los problemas actuales, en tanto permite realizar una serie de enlaces y comparaciones socio-culturales e indagar en el proceso histórico de las transformaciones de las retóricas de comunicación familiar, (es decir, develar el carácter histórico-social del problema). Los informantes fueron entrevistados y sus narraciones quedaron grabadas para luego ser transcritas de manera textual, evidenciando todas sus vivencias (reales o imaginadas) en torno a las relaciones de comunicación familiar.

Tipo de estudio o diseño

Se realizó un estudio exploratorio y comparativo mediante entrevistas estructuradas (diseñadas previamente pero siendo receptivos a nuevos temas que emergieron de los sujetos), que se aplicaron a toda la muestra investigada. Posteriormente, mediante un análisis de discurso, se estudiaron los elementos del lenguaje retórico. Se especificaron las características y propiedades importantes de las personas o situaciones, a partir del relato de los sujetos directamente implicados. Se sometió el material a un análisis interpretativo,

relacionado a la lógica de los contextos socio-culturales y económicos.

Procedimiento

Después de transcrito el material de las grabaciones al papel, se procedió a seleccionar fragmentos de enunciados para profundizar en la información relevante al problema de investigación. A partir de allí, se interpretaron los datos tratando de proponer categorías comunes a varias entrevistas. Posteriormente, se hicieron comparaciones de enunciados comunes para producir tipologías. Los relatos, los personajes y los escenarios se toman como un todo, teniendo en cuenta su pasado y su presente (circunstancias personales de su desarrollo humano actual). Se valora el significado que los actores le dan a los aspectos relatados sobre su experiencia de vida social. La materia prima de las tipologías, clasificaciones e interpretaciones fueron las propias opiniones, sentimientos, valoraciones, emociones narradas por los sujetos. Es decir, se trató de indagar por la tramitación retórico-discursiva del sentido implícito en las estrategias retórico narrativas, mediante las cuales los sujetos tratan de representar, legitimar u objetivar una experiencia o acontecimiento.

Análisis de discurso

En esta investigación, el análisis de discurso parte de la idea según la cual en las descripciones y en los análisis, más que percibir o reflejar datos objetivos, o más que constatar significados pre-establecidos y autónomos al observador o escucha, hay una participación crítica y activa de las subjetividades, en la construcción retórica del sentido de los materiales estudiados. Y esto, tanto en los enun-

ciados de los sujetos entrevistados, las preguntas, actitudes y expectativas de los entrevistadores, como también en los análisis que hacen los investigadores. Dicho sentido es a su vez, determinado por múltiples interacciones sociales explícitas e implícitas.

Los sujetos al relatar, ejecutan una construcción social del recuerdo. De igual forma, los análisis propuestos por los investigadores son una inevitable imposición, determinada por las perspectivas culturales, las disposiciones afectivas e intelectuales de los propios implicados. Un ejemplo de esto es la influencia determinante de los intereses, marcos de referencia, creencias y presupuestos de la formación académica de los investigadores. Estas experiencias son previas a la investigación e influyen desde el momento mismo de la elección de un tema de investigación, la formulación del problema, pasando por la elección de un marco teórico como en la propuesta misma de las categorías y las conclusiones (todo lenguaje selecciona, pre-interpreta).

La perspectiva metodológica de esta investigación, propone un acercamiento interdisciplinario a los materiales de las entrevistas, trascendiendo el reducto psicológico para ser pensados como prácticas discursivas, marcadas por procesos sociales, históricos y culturales. Se toma como eje integrador del análisis, una herramienta estético-retórica, pues se considera que en este momento surge con fuerza una dirección social constructora en las ciencias sociales, en la cual la retórica ocupa un lugar central. La retórica permite estudiar críticamente el lenguaje en interacción, es decir una pragmática de la construcción del sentido en contextos sociales e históricos particulares.

Categorías de interpretación según figuras retóricas

Universalización, generalización, tópicos o lugares comunes, personalización, despersonalización, redundancia, comparación, contraste o antítesis, metáfora (comparación sintetizada mediante una imagen), metonimia: parte por todo), hipérbole, inclusión, pregunta (interrogación que enfatiza), amplificación (parecido a hipérbole: pintar vivamente), atenuación o eufemismo (suavizar una información), división (expresar dividiendo en detalles informativos), amontonamiento de palabras (para describir detalles), uso de epítetos, gradación (sucesión de verbos: crean clima narrativo), encubrir con un malentendido, naturalización, trivialización.

Categorías que legitiman o desacreditan versiones según argumentaciones retórico-narrativas

Producción narrativa del recuerdo expuesto como realidad exterior para hacerlo creíble (dar primacía a datos o hechos para crear la impresión de objetividad o verosimilitud, para mostrar que se toma distancia frente a lo que se dice, o que se toma como externa una descripción dotándola de existencia propia, más allá del mero lenguaje que las nombra, dar una imagen detallada, mostrarse como neutral); crear consenso y corroboración (hacer creíble una descripción si otros la comparten, citar o convocar testigos o terceros); presentarse como una autoridad en un tema (por experiencia vivida de manera práctica, darle la autoridad a una voz por sobre otras posibles); desacreditar evaluando irónicamente los intereses de los otros (o resaltando los errores del otro para acreditar una versión pro-

pia); desacreditar denunciando conveniencias o malas intenciones en los otros y neutralidad en uno; usar un discurso impersonal (Impersonalidad gramatical); procedimientos para hacer creíble algo construyendo su exterioridad; acentuar o socavar el detalle, mostrar una descripción vívida, manipular la riqueza de los detalles); crear maximización y minimización, normalización o anormalización, mediante valoraciones extremas.

Resultados

Representación de las relaciones de comunicación en la infancia, a partir de la forma como tres generaciones narran sus historias

Vemos en esta investigación como se presentan distintas maneras de concebir y practicar la denominada comunicación familiar. Y esto genera y es generado, es construido y reproduce distintas formas de socialización. Se estudia la forma cómo en tres generaciones se construyen los hechos, su objetividad y eficacia, a través de una serie de mecanismos discursivos que van desde la coherencia del relato, pasando por el uso de un ejército de hipérboles, amplificaciones, generalizaciones, reiteraciones o redundancias, antítesis, paradojas, comparaciones, atenuaciones, justificaciones, ejemplificaciones, énfasis y adverbios. El uso de estos tropos o figuras retóricas crean consenso, corroboración, se acreditan o desacreditan, normalizan o anormalizan determinadas prácticas y versiones de comunicación (o bien socavan otras).

En las retóricas de la generación de los ancianos se intuye la valoración o la predominancia de un orden patriarcal familiar (generalmente comandado por un pequeño propietario de un país rural, más o menos entre 1920 y 1940) donde es visible el sometimiento de la figura materna y los hijos a dicho orden. Así pues, para un anciano, el tipo de crianza recibida a principio de siglo resulta ser una valiosa herencia para inculcar la disciplina y el espíritu de sacrificio (al referirse a la comunicación con su padre, un anciano dice por ejemplo: "...era muy buena, hasta buena, pues era muy drástica...nos pegaban por cualquier cosa". Algunos ancianos resignifican retóricamente los acontecimientos del pasado, de tal manera que una relación que en la actualidad puede ser considerada como una experiencia de maltrato, es suavizada con el apelativo de "drasticidad" e, incluso, de virtud ("...hasta buena de lo drástica"). En la generación de los adultos encontramos relatos de vivencias de ruptura con ese proceso histórico, espoleados por hondas transformaciones económicas y socio-culturales que ponen a tambalear el orden patriarcal vivido como injusto y autoritario, junto a un culto a una madre que comienza a separarse de la comunión con el discurso patriarcal (se trata de un mundo de ciudades y de empleados de fábricas y de oficinas más o menos entre 1950 y 1970). Exponemos, posteriormente, los resultados de los análisis de la generación de los jóvenes, donde es notorio el aplacamiento de la vivencia de conflicto persecutorio a cambio de cierta individuación laxa del menor por parte de padres amorosos y de madres cabezas de familia. Es la época que algunos denominan individualismo narcisista en una contemporanei-

dad, gobernada por los especialistas y los medios masivos, más o menos entre 1977 y 1985 (Lipovetsky, 1983).

Representaciones y prácticas sociales en la generación de los ancianos

En la generación de los ancianos, el orden patriarcal y la familia monogámica son centrales en la socialización de los menores. Factores como la predominancia de una economía agraria, en parcelas alejadas, y el bajo nivel educativo de hombres y mujeres, hacen de la familia un fortín privado donde el padre reina sin mayor oposición. La mujer estaba reducida al ámbito doméstico, la crianza de los hijos y la dependencia al marido (recordemos que sólo hasta 1957 la mujer obtiene el derecho a la ciudadanía). Tanto los hijos, como la mujer carecen de derechos civiles; ambos son considerados por la ley como incapaces y el esposo tiene derecho incluso a castigar a su esposa (Castellanos, 1994). Esta generación estuvo marcada de manera determinante por la violencia política entre liberales y conservadores (1946-1957), la cual contribuyó a afianzar climas de fanatismo, intolerancia hacia la diferencia, autoritarismo, aplicación de la ley por la propia mano, fanatismo político (Acevedo, 1995).

No aparece en esta generación una mayor difusión del amor maternal, ni de los cuidados al menor, tan característicos de la generación actual. Es notoria en los relatos de los ancianos la referencia a una socialización jerárquica del menor, donde la autoridad paterna ocupa un lugar superior y donde la madre se pliega a dicho orden como agente activo, haciéndolo cumplir (Badinter, 1980. Elías,

1968. Aries, 1987). La principal función social o rol del niño en esta época era más el trabajo que el estudio. Generalmente el niño aprendía el oficio del padre y la niña el de la madre. Ambos eran pequeños trabajadores que colaboraban en la sobrevivencia económica de la familia (sobre todo cuando se vivía en fincas). La sociedad pone de primero los valores del grupo sobre los valores del individuo, razón por la cual no se concebía al menor retirado de obligaciones laborales. La madre educa a sus hijas, que permanecen junto a ella en el recinto doméstico. Moldea su identidad, regulando las prácticas cotidianas de los menores, con reglas morales rígidas que apuntan al dominio de las pasiones (Daza y Zuleta, 1997).

La madre ocupa un lugar central en los relatos de "desacreditación de la comunicación" en la generación de hijas mujeres (los hijos varones parecen estar ocupados en el trabajo de la tierra junto a su padre o a otros adultos varones). La comunicación con sus madres referida por estas mujeres (a diferencia del trato al hijo varón) no parece ser complaciente; a veces, la función materna en el lugar de agente de reproducción del modelo patriarcal reitera experiencias despóticas vividas con mayor dramatismo por las hijas, educadas para someterse y reproducir el modelo patriarcal monogámico bajo la férula de la austeridad religiosa y la abnegación en el trabajo doméstico y la crianza de niños (Gutiérrez De Pineda, 1975).

Los ancianos plantean que el trato con el padre no era personalizado, incluso expresan abiertamente que "no había relación con el padre" (contrario a lo que explican los jóvenes de hoy). El padre se dirigía a los hijos en

plural, no era un trato de persona a persona. No existían menores con un mundo propio. El tipo de cuidados se limitaba a ser incluidos en una conversación, generalmente para recibir órdenes o indicaciones. Es decir, no aparece la suplencia de padres que resuelven los asuntos de los hijos. Aunque algunos ancianos hablan de un trato condescendiente por parte de sus padres, es notoria la poca importancia que los padres les daban; es decir, no aparece un lugar central del menor con un mundo propio alrededor del cual giraran los padres. Lo anterior se hace visible en la referencia a continuos castigos, como práctica socializadora bastante común y aceptada por todos (incluso naturalizada por los mismos hijos, hoy ancianos).

Poco uso de personalizaciones e inclusiones. Los relatos de los ancianos están plagados de retóricas de despersonalización. El emisor y el destinatario tienden a ser sujetos abstractos o difusos. El anciano debe situarse en el lugar de los padres y cumplir sus mandatos (“...ellos buscaban que nosotros...”). Se utiliza mucho el plural “nosotros” pues no era común el trato individual del padre a los hijos, bien sea porque el padre era una figura demasiado respetada y omnipotente, o porque trataba a los hijos como un grupo en el cual era el patrón. Las expresiones, roles, actitudes, acciones o decisiones parecen tomadas de rituales en apariencia rígidos, dando poco lugar a la improvisación o la espontaneidad del menor (roles y normas producto de una educación austera donde no era valorado el juego). Se puede inferir que estas sociedades lograban una mayor coherencia y un menor grado de problemas a costa de re-

gímenes familiares autoritarios, jerárquicos, poco flexibles, con pocas opciones de movilidad o elecciones singularizantes. Hay una fuerte coacción familiar que impide las reivindicaciones individuales o la realización personal (Aries, P. y Duby, G, 1987).

Retóricas sobre la comunicación con los padres, según algunos ancianos

En el análisis de las entrevistas encontramos en los ancianos tres tendencias. Algunos entrevistados (cinco de quince entrevistados) se identifican y legitiman los valores y los modelos de comunicación con sus padres (mediante retóricas de acreditación). El resto de los entrevistados (diez de quince) cuentan anécdotas de lo que hoy día se denomina “maltrato al menor”. Vemos que la mitad de ellos (cinco) suelen dar una valoración contradictoria de la comunicación con el padre. También aparecen ancianos (cinco del total) que miran en retrospectiva la comunicación familiar pasada, resignificándola como nefasta (Vásquez, 2001). Dicha desvalorización o desacreditación se expresa en imágenes de malas relaciones de comunicación y de padres autoritarios con los cuales, según ellos, ni siquiera había algo que se pudiera llamar comunicación (por eso caracterizamos dichas expresiones como “retóricas de descrédito”).

Usar hipérbolos, amplificaciones, generalizaciones, redundancias y metáforas para acreditar la comunicación con el padre (en ancianos)

Aunque algunos ancianos reconocen que era poca la comunicación, tienden a acreditarla. Es muy importante señalar aquí que se trata de otra idea de comunicación consistente en que el padre hablara con ellos tan solo para

decirles cosas, generalmente para remarcar normas, indicaciones, consejos, o patrones de comportamiento (por ejemplo, hacia el trabajo y la responsabilidad). La comunicación se caracterizaba por un padre que compartía o transmitía su mundo adulto al menor, sin mayor intercambio verbal o reconocimiento de la palabra o el propio deseo del menor. En los testimonios aparece el predominio de una serie de hipérbolos (“fue muy buena”, “nos quería mucho”, “fue una persona super-especial”), amplificaciones (gradación de términos para pintar vivamente una situación o persona: “le gustaba mucho charlar, reírse, compartir; nos enseñó a trabajar, nos enseñó a respetar y ser honestos”), generalizaciones, (a partir de un caso se sacan conclusiones generales a todos los demás: “nos trataba siempre bien”; “siempre hubo mucha confianza porque mi padre era un gran hombre”; “él nunca nos forzó”), redundancia (continua reiteración del tema de las bondades del padre); metáforas (“él trabajaba como una hormiga”). Una mujer nacida en Boyacá en 1935 al referirse a la comunicación con su padre señala: “...nos trataba siempre bien, pero cuando había que pegarnos, nos pegaba... pero cuando éramos muy necias...”.

Estos ancianos naturalizan los problemas (“...en aquel tiempo era muy frecuente que los padres se desentendieran de los hijos y los dejaran al cuidado de la madre...”). El maltrato se vive casi como una necesidad. Si los golpeaban era porque lo tenían merecido. Incluso algunos ancianos sustentan que lo hacían cumpliendo un deber ser, para evitar un mal peor en el futuro del menor. Estas narraciones plantean una comunicación unilate-

ral del padre hacia los menores. Hay que resaltar que en la representación de comunicación de esta época, el padre para los ancianos es una figura casi sagrada y todopoderosa.

Usar hipérbolos, amplificaciones, generalizaciones y redundancias para desacreditar, censurar o culpabilizar al padre (en ancianos)

Otra tendencia en la generación de los ancianos es el descrédito de la comunicación con el padre (juicios en su mayoría provenientes de ancianas). Se habla de padres que vivían agobiados por el exceso de trabajo y que al llegar a la casa se volvían poco tolerantes con los menores. Cuando se les pregunta a los ancianos por la comunicación con el padre aparece frecuentemente el término de “padre estricto”, que evoca la palabra “estrecho”; es decir, alguien ceñido a un rol o normas “al pie de la letra”, sin admitir otras interpretaciones. Aparecen una serie de hipérbolos (“la comunicación... era muy escasa”; “él era muy estricto”), amplificaciones (gradación de términos para pintar vivamente una situación o persona: “la comunicación...era muy poca, muy limitada”; “no había comunicación, no había un buen ambiente”; “-al papá- no se le podía contrapuntear, ni aclararle puntos, ni abrirle puntos”), generalizaciones, (a partir de un caso se sacan conclusiones generales a todos demás casos: “la única comunicación... era solamente para dar órdenes”; “los hijos sólo estaban para recibir órdenes y obedecerlas”); redundancia (ver en los fragmentos la continua reiteración del tema de las dificultades del padre); metáforas (“la comunicación era cruda”; “era muy seco”).

Expresiones antitéticas donde se atenúan las críticas al padre (en ancianos)

En esta categoría (producida mayoritariamente por ancianos) se mencionan malos tratos, pero se minimiza su gravedad mediante retóricas de atenuación (“...nos pegaba cuando había que pegarnos...”; “... la comunicación era muy escasa, porque mi padre, pues... de pronto tenía problemas como los tiene cualquier persona sola y que es cabeza de familia...”; “nos daba correita, uno, dos o tres latigacitos...”). En este tipo de relatos, los ancianos justifican prácticas que hoy se denominan “maltrato al menor” (castigo físico o desatención) como prácticas socializadoras legítimas y normales. El uso de tropos del discurso sirve para ocultar, suavizar o justificar determinado tipo de tratos severos al menor (por ejemplo los castigos físicos por “cualquier cosa”), suavizados con eufemismos o vacilaciones denotativas al parecer producto de la identificación y la interiorización de los valores socio-familiares de la época, que le negaban al menor cualquier tipo de derechos civiles. No aparece la actual conciencia de “trauma psicológico” que se convierte en una construcción epocal sólo a partir de la generación de los adultos (producto tal vez de la conciencia psicologizadora en la educación y la crianza contemporánea). En los relatos de estos ancianos no parece predominar el rencor.

Formas de representar la comunicación con la madre en algunos ancianos

En el análisis de las representaciones de comunicación con la madre también encontramos tres tendencias. Seis ancianos de quince entrevistados se identifican y legitiman los

valores y los modelos de comunicación con sus padres (mediante retóricas de acreditación). El resto de los entrevistados (nueve) cuentan anécdotas de lo que hoy día se denomina “maltrato al menor”. De estos nueve ancianos, tres dan una valoración contradictoria de la comunicación con la madre mientras que seis, califican abiertamente como negativa dicha comunicación (retóricas de descrédito).

Uso de hipérboles, amplificaciones, generalizaciones y redundancias para acreditar la comunicación con la madre (en ancianos)

Gran parte de los enunciados, agrupados en esta categoría, hablan de un trato diferencial en la comunicación con sus madres. La totalidad de juicios de desacreditación provienen de las ancianas, mientras que los de acreditación provienen de los ancianos. En estos últimos, los enunciados hacen referencia a una figura materna silenciosa y relegada al lugar de sombra del poder del varón, pero acogedora del hijo varón; lo anterior aparece presentado mediante una serie de hipérboles (exageración, agrandamiento de un suceso: “enfermó de tanto trabajo”; “era una mujer muy abnegada”), amplificaciones (gradación de términos para pintar vivamente una situación o persona: “ella fue como una guarda, nos cuidaba, nos mimaba y nos recochaba”; “me quería mucho, me cuidaba mucho”), generalizaciones (a partir de un caso se sacan conclusiones generales a todos los demás: “mamá era el amparo de todos”; “siempre estaba pendiente de nosotros”); metáfora (“Era...la mamá que defiende los pollitos”, “ella fue como un guarda”).

Uso de hipérbolos, amplificaciones, generalizaciones y redundancias para desacreditar, censurar o culpabilizar a la madre por el tipo de comunicación (en ancianos)

Vale la pena resaltar que aparece un número más o menos proporcional de valoraciones de "desacreditación de la comunicación con la madre" en comparación a las críticas contra la comunicación con el padre. Esto se podría explicar por la concordancia de ambos padres en defender un sistema normativo fuerte. Es característico que los fragmentos de críticas contra la madre corresponden casi en su totalidad a informantes mujeres, lo que sugiere no sólo que la educación y crianza de las mujeres estaba reservada a la madre, sino también la existencia de un trato desigual hacia las hijas. No aparece aquí la madre "víctima del esposo" ni la "alcahueta" que le dispute el poder al padre, ni la comprensiva "nana" sometida a satisfacer al menor, sino una madre brava, dura, castigadora y poco cariñosa. A diferencia de los relatos de los barones, aquí se muestra a la madre como una activa defensora y agente del orden disciplinario patriarcal. Por otra parte, hay que señalar como elemento muy importante que estos enunciados de descrédito tienden a la atenuación de las críticas contra la figura materna, disculpándola por su ignorancia (poca educación recibida por la madre). O porque tal vez ella estaba sometida a las prácticas de crianza de la época ("porque la sociedad lo obligaba"). A su vez, las madres buscaban reproducir un sometimiento de la mujer a dicho orden.

Además del maltrato físico, es característica la queja por la poca información que la madre suministró a sus hijas en los asuntos de la vida íntima (marcada por la moral puritana de la

época). Es visible en lo anterior, la poca injerencia directa del padre en la crianza de las mujeres; éstas generalmente estaban relegadas a los quehaceres domésticos y a la vigilancia materna. Ni siquiera la madre actúa en el rol de reparadora en tanto ella es guardiana reproductora del respeto a un guión grupal familiar (sobre todo en detrimento de la espontaneidad de las mujeres menores). Para estas informantes, la madre aparece como coprotagonista de un coherente relato de padres confabulados contra la menor victimizada. Aparecen en esta categoría una serie de hipérbolos (exageración o agrandamiento de un suceso: "era muy dura, ella me pegaba mucho"; "ella era así, muy brava"), amplificaciones (gradación de términos para pintar vivamente una situación o persona: "tanto papá como mamá, le cascaban, le pegaban, lo castigaban muy horrible"; "eran más bien salvajes"), generalizaciones, (a partir de un caso se sacan conclusiones generales a todos los demás: "ella siempre fue una persona fuerte"; "ella no me llegó a decir ni las cosas más triviales"); metáfora ("eran más bien salvajes").

Expresiones antitéticas sobre la comunicación con la madre (en ancianos)

Aparecen una serie de expresiones contradictorias donde conviven de manera mixta opiniones contrarias en las que una neutraliza o suaviza, pero la otra expresa una queja contra la madre: "...había momentos de ternura y cariño, pero la mayoría era dura..."; "...era muy buena madre, ella era sí muy brava y quería todo arreglarlo con castigo..."; "...era buena, a veces nos daba juete hasta que ya y permanecía de muy mal genio, pero bueno, ella nos trataba bien...". Aparecen también

muchos eufemismos y vacilaciones denotativas tales como "...pues ella no era que nos daba mala vida, sino que por el modo en que a ella la criaron y la falta de educación".

Representaciones y prácticas sociales en la generación de los adultos

En esta generación, Colombia sufrió una serie de vertiginosos cambios, caracterizados por procesos de modernización en diversos ámbitos. Junto a ello, el inesperado predominio de la población urbana sobre la rural (producto de las migraciones campesinas originadas por la violencia entre 1948 y 1957) generó otras dinámicas particulares en las jerarquías, roles familiares y costumbres de crianza. La moral católico-conservadora y la autoridad del padre comienza a ser cuestionada y la emergencia de valores democratizantes, liberales y menos represivos, originan grandes cambios en el estatus social de las mujeres y los jóvenes, con lo cual empieza una disputa por el lugar del padre como voz única y central. La mujer accede a los espacios laborales y a la formación educativa. Se torna menos tolerante a la obediencia y la sumisión (accede a derechos de ciudadanía en 1957 y derechos a la patria potestad). A nivel socio-económico se vive en esta generación la explosión de la sociedad de consumo, con una variada oferta no sólo de productos sino de prácticas, modelos de identidad, valores, éticas y sistemas de creencia.

En las narraciones de los entrevistados de esta generación se encuentra un predominio de representaciones de descrédito del padre frente a una poderosa y naciente valorización

del menor y de la madre. En estos adultos se radicaliza el culto a la madre frente a un padre que comienza a ser calificado como autoritario, abusivo, alcohólico, irresponsable. Posiblemente la revolución cultural de los años sesenta sea determinante en esa gran ruptura de concepciones (vida en ciudades, educación obligatoria, padres con un mayor nivel de escolaridad, surgimiento de los derechos del menor y la mujer). El aparato de los medios masivos se enciende y el mundo agrario ha sido desplazado por los especialistas, los profesores, los letrados, los regímenes jurídicos, los sistemas de justicia, salud y educación (en manos del Estado o la iniciativa privada). Nuevas prácticas, voces y saberes se hacen sentir desde todas partes, destronando al padre de su pedestal.

El trabajo del menor comienza a ser mal visto o es vivido con frustración (hoy día se lo califica como un delito). La principal función social o rol del menor comienza a ser el ideal del niño y el joven estudiante (con algunas excepciones de adultos que les tocó trabajar para ayudar a su familia). La sociedad comienza a concebir al menor como un ser de derechos y de protección especial. Con los ideales sociales igualitarios se promueve una mayor sensibilidad al diálogo con el otro y se comienzan a producir consecuentemente vivencias y discursos de falta o de déficit en las comunicaciones, lo cual desemboca en una vivencia frustrante, expresada con mayor radicalidad que en los ancianos (aunque estos últimos tenían más obligaciones y deberes). Ya no es el caso de los padres confabulados, propio del universo familiar de los ancianos (criados por padres que trabajaban juntos en el campo o en pequeños negocios familiares). Tam-

bién –como en la generación de los jóvenes– el adulto varón es inculcado como el directo responsable del éxito o el fracaso de la relación de comunicación. Hay poca iniciativa por parte del menor. Este queda pasivizado e inocentado y son muy pocos los testimonios (solo dos) donde en la explicación del malestar comunicativo no se culpe al padre.

Revisando algunas características socio-económicas del tipo de familia en la cual transcurrió la niñez de los adultos, es notoria la vida en ciudades (Cali, principalmente). En esta época se detiene el nomadismo tan notorio de la generación de los ancianos. Aunque las madres continúan siendo amas de casa, es característico en esta generación el padre asalariado, sin propiedad, aislado del mundo doméstico, casi como un extraño que llega a romper la paz de la pareja idílica madre-hijo. Los hijos ya no son educados únicamente por la familia sino también por la televisión y la escuela (el culto al estudio suplanta antiguas formas de aprendizaje social y roles de niño o joven). Es necesario resaltar estos elementos ya que marcan una ruptura histórica con formas antiquísimas que aún son visibles en las narraciones de la generación de los ancianos (padre propietario de parcelas con un autoridad absoluta). Es el comienzo de lo que los psicólogos denominan “padre en falta”, “padre ausente” “padre decadente”, “padre carenciado”. Pues bien, siendo consecuentes con dichas metáforas, los padres de esta generación “están ausentes”, pues ya no trabajan en la casa (como sí lo hacían los finqueros o artesanos o pequeños comerciantes) y están “carenciados” o “decadentes”, pues ya no son los padres propietarios sino unos asalariados que trabajan en oscuras ru-

tinias de oficinas o industrias que no les pertenecen y de proyectos que suelen no ser los suyos.

Retóricas sobre la comunicación con los padres, según algunos adultos

Un elemento predominante, hallado en las narraciones de los entrevistados de la “generación de los adultos” (1945-1965) hace referencia a una “comunicación mala o deficitaria” con el padre. Según los relatos, los padres intentaban mantener a cualquier precio su rol y estatus (rígido, estricto, aislado, intolerante). Neutralización de la autonomía del padre en el reducto familiar por normas jurídicas. Social y económicamente ese lugar ya estaba en crisis. Ante madres omnipresentes, padres trabajando por fuera de la casa, la madre se hace fuerte y el padre parece tener que imponerse a la fuerza, de manera autoritaria, pues ya nadie se somete a él. El padre ya no es el sostén, ni el proveedor único. La familia urbana deja de ser la unidad de producción –frecuente en las familias de campesinos y artesanos –y pasa a ser una unidad de consumo. De hecho, algunos entrevistados reconocen en dicha representación del padre la influencia o el producto de una época social distinta, con valores modernizadores, impulsados por los medios masivos que le disputan a la familia el poder de socialización de los menores.

Todos estos cambios culturales y socio-económicos acompañan el debilitamiento o la quiebra de pequeños negocios familiares y concomitantemente, de los sistemas tradicionales de vida familiar, normas, roles, costumbres y valores en los cuales reinaba a sus anchas y casi de manera autónoma la autoridad del padre, pequeño propietario, garante úni-

co de la seguridad y el patrimonio familiar (finquero, artesano, trabajador manual, pequeño comerciante). Recordemos que la población colombiana fue predominantemente agrícola hasta los años cincuenta. Este padre ya no es el único, ni el principal educador de sus hijos a los cuales ya ni siquiera les transmite un oficio o un saber-hacer. La familia se debilita como unidad de reproducción social y deja ese espacio al Estado, a la educación obligatoria, a los sistemas públicos de salud, a todo tipo de especialistas, pero, sobre todo, a los medios masivos.

Usar hipérboles, amplificaciones, generalizaciones, metáforas y redundancias para desacreditar, censurar o culpabilizar al padre por el tipo de comunicación representada como deficitaria (en adultos)

Estamos ante relatos sobre una época que conmocionó la historia de la familia. Hablamos de una generación socializada en la década de los años sesenta. Lo social se descubre diverso, otras voces emergen desde las márgenes, pero no pacíficamente. Los sesenta develaron el conflicto entre diversas formas de ver la vida. Es notoria la idealización del tiempo actual por parte de estos adultos. Estos miran en retrospectiva su vida familiar pasada como nefasta (imágenes de relaciones de comunicación y de padres autoritarios). Esto también promueve una mayor sensibilidad a producir discursos de déficit en las comunicaciones de esa época que a veces desemboca en una vivencia frustrante. Estos adultos se viven como “carentes” ante la imagen de un padre “distante”, “ausente” y, sobre todo, “incompetente” ante los nuevos ideales igualitarios, democráticos y dialógicos.

Aparecen una serie de figuras retóricas como las hipérboles (exageración o agrandamiento de un suceso: “con mi padre se puede decir que la comunicación era escasa”; “El era una persona formada muy a la antigua”), amplificaciones (gradación de términos para pintar vivamente una situación o persona: “Si uno cometía un error, dañaba algo en la casa o perdía materias, le daban con un rejo que tenía derivaciones”; “cada que uno iba a hablar con él, le pegaba a uno por nada, lo maltrataba y mas bien uno estaba alejado de él”), generalizaciones, (a partir de un caso se sacan conclusiones generales: “casi ninguna. Teníamos un padre que casi no conversaba con nosotros, rara vez”; “con mi papá nunca hubo comunicación porque toda la vida lo conocimos tomando y nunca tuvimos un papá responsable”); metáfora (“en esa época uno veía al papá como un ser totalmente inalcanzable”).

Formas de representar la comunicación con la madre en los adultos

Otro elemento central persistente en los relatos escuchados a la generación de los adultos hace referencia a la gran idealización de la figura materna y de las relaciones con ésta (comprensiva, permisiva, protectora, consejera, omnipresente). La escucha de narraciones sobre la vida cotidiana familiar nos permite hipotetizar la irrupción de otras modalidades de vínculos familiares, donde parece irrumpir un nuevo tipo de figura materna. Ya no se trata de la tragedia solitaria (como en las ancianas), dado que se cuenta esta vez con el apoyo de la figura materna, aliada de los hijos en contra de la dictadura paterna y de unos rituales socializadores en decadencia (Maffesoli, 1985).

La entronización de la madre abnegada, que "se entrega" a sus hijos, con amor, comprensión y diálogo, genera a su vez la re-valoración del menor. De la mano de esta representación de "madre comprensiva", el menor entra a ocupar un lugar principal en la familia. En la familia urbana se erige el dominio de la madre sobre la vida del menor, ante un padre sub-empleado, obrero, asalariado o desempleado con escasa presencia en el ámbito familiar y en el psiquismo del menor, deja de ser el referente único y privilegiado de identificación al ser desplazado por otros modelos mucho más atractivos movilizados en la sociedad de consumo (que incita al disfrute de la vida, la aventura y las emociones) (Lipovetsky, 1983). Del lado de los psicólogos, predominan las lecturas psicopatologizantes de la comunicación familiar cuando se menciona el incremento de los divorcios, la aparición de las madres cabezas de familia (calificadas como "familias disfuncionales") o madres a las cuales se les acusa de delegación, laxitud o tolerancia en la aplicación de normas ("madres cadenciadas"), (Lasch, 1995).

Uso de hipérbolos, amplificaciones, generalizaciones y redundancias para acreditar la comunicación con la madre (en adultos)

En estos relatos la madre aparece muchas veces como la víctima principal de una época dura, donde se perciben heridas y tragedias ocultas, neutralizadas la mayoría de las veces con la piedad debida a una madre angelical, protectora, silenciosa, humilde y abnegada, cuando no sacrificada por la lógica patriarcal de la época. La familia fundada sobre el amor maternal entra a ocupar un lugar central (compitiéndole incluso al amor conyu-

gal en crisis). Los adultos asumen que la comunicación con sus madres ha sido buena en tanto les han cuidado y ayudado; les han dedicado espacio y tiempo a sus hijos, defendiéndoles a veces de las arbitrariedades del padre. Catorce sujetos, de un total de dieciséis entrevistados, calificaron de positiva la comunicación con la madre. A continuación aparecen una serie de hipérbolos (exageración, agrandamiento de un suceso como: "con mi mamá la comunicación era excelente"), amplificaciones (gradación de términos para pintar vivamente una situación o persona): "...ella sí se preocupaba por cómo desayunaba, cómo almorzaba, cómo comía, cómo me acostaba, qué me dolía para llevarme al médico. Mi papá ni se daba cuenta de eso"...; generalizaciones (a partir de un caso se sacan conclusiones generales) siempre le comentaba mis problemas, mis cosas y siempre encontraba en ella una respuesta, redundancia (ver en los fragmentos la continua reiteración del tema); metáfora ("...era una persona muy mártir, ella sufría mucho con él").

Expresiones antiéticas hacia el padre y la madre en la generación de los adultos

Esta categoría presenta solamente tres entrevistas donde aparecen relatos ambivalentes o contradictorios hacia el padre e igualmente tres relatos hacia la madre. En dichos relatos se presenta la convivencia de valoraciones positivas y negativas hacia un mismo padre. Al padre se lo acusa de intimidador y maltratante o de no haber otorgado autonomía, derechos y atención al menor: "...mi papá era una persona muy parca, pero en ocasiones muy abierta y expresiva...". Es decir, se presenta una queja o acusación tajante, pero luego se la

suaviza y se disculpa al padre de su falta u omisión: "...aunque hay que decir que papá era el que menos permanecía en la casa...". Igual sucede con los pocos relatos contradictorios acerca de la madre: "...yo le contaba un poquito más las cosas que pasaban... pero no la comunicación que uno dice que debería tener como de hija a madre...era muy poca". "...siempre uno era como tímido para decir las cosas...".

Representaciones y prácticas sociales en la generación de los jóvenes

En esta generación se continua el cambio histórico iniciado en los años sesenta. Las representaciones de padres omnipotentes (en plena decadencia) dan paso al surgimiento de los "padres amorosos y colaboradores" y a las madres normatizadoras (y cabezas de familia). Como fruto de los acelerados cambios de finales del siglo XX, presenciamos el surgimiento de nuevos ideales y valoraciones sociales de la vida familiar. Se expone aquí, no solo el surgimiento de nuevas definiciones de comunicación con los padres sino también la aparición de nuevos modelos y roles de padre, madre e hijo, que a su vez determinan un nuevo tipo de comunicación, filialidad, autoridad y valores. En la generación de los jóvenes hay una clara demanda de un nuevo tipo de comunicación con los padres. Se trata del final de los padres con un poder absoluto con los que tuvieron que vérselas ancianos y adultos. Ya no son los pequeños propietarios que hacían lo que querían en sus pequeños negocios, sino empleados de oficinas, obreros de fábricas y en algunos pocos casos especialistas. Se condena el maltrato físico, la frialdad y el alejamiento (tan común en la generación de ancianos y adul-

tos). Emerge la valoración de los contactos, la ternura y las caricias .

Se trata de padres educados por los medios masivos y los especialistas. Aparece una nueva forma de ser un "buen padre": fraternos, democráticos, afectuosos y amigables con los hijos. Incluso en aquellas entrevistas donde los jóvenes desvalorizan a sus padres lo hacen teniendo como punto de referencia estos nuevos ideales (ver fragmentos de enunciados donde se muestran padres carentes de competencias para ejercer este nuevo rol que la sociedad y los hijos les demandan). Es pues, la reinención de nuevos ideales sociales, modelos de padre que van de la mano al surgimiento de nuevas formas de comunicación familiar donde la autoridad se mezcla con el afecto. En ellos se hace visible una nueva valoración del menor. Se trata aquí de una comunicación democrática, con normas y valores flexibles, y no de rígidos patrones interesados en transmitir o reproducir un orden familiar tradicional mediante normas verticales de socialización, (lo cual, comienza a ser visto como violento o abusivo); adultos que "aprenden a ser padres de sus hijos" ("ya que nadie nos enseñó a serlo").

Son padres que negocian las normas en el proceso mismo de interacción. Que, tienen que aprender, junto a sus hijos, no sólo cómo dialogar y convencer al otro, sino incluso cómo ser padre (no es gratuita la proliferación de "escuelas de padres"). Las valoraciones que acreditan o desacreditan la comunicación con sus padres se distribuyen alrededor de esos nuevos ideales. Son adultos que aman a los hijos con solicitud y comprensión, que los atienden, que los reconocen como sujetos, que se preocupan por ellos y les brindan toda

suerte de cuidados. Padres que son más "amigos de los hijos", más dialógicos, tolerantes, poco frustrantes, menos interesados en subordinar o imponerles la autoridad. Adultos que propician lo relacional, la comprensión de los "intereses propios" del joven, que negocian en vez de imponerles unilateralmente intereses colectivos, grupales o tradicionales. Se mencionan nuevas representaciones de padres que promuevan el desarrollo autónomo y los derechos de los menores; que crean ambientes familiares cálidos, que ayudan a crecer al menor, que dan confianza y atención personalizada. Se trata de un nuevo proceso de individuación denominada por algunos como narcisista. (Lipovetsky, 1983; Lasch, 1995).

La sociedad comienza a configurar nuevos modelos que terminan naturalizándose como "exigencias o imperativos sociales" o, incluso, como "derechos constitucionales de todo menor," que invaden de manera hegemónica las identidades y relaciones contemporáneas. Por esta razón es interesante señalar que los relatos de jóvenes que desvalorizan la comunicación con sus padres, también se hayan marcados por la resonancia de esos nuevos imperativos que, al verse impedidos, parecen contribuir a las vivencias de malestar familiar. Ejemplo de lo anterior son: todo menor debe ser amado incondicionalmente; los padres no pueden ser indiferentes a los hijos; todo menor debe ser protegido y suplido por sus acudientes; todo menor debe estar retirado de cualquier obligación laboral ante un rol de adulto proveedor; todo este cuadro promueve una mayor sensibilidad a ver contradicciones y desemboca en una paradoja frustrante: vivencia de sobreprotección en-

carceladora o bien "sentimientos de exclusión social y pobreza".

En las otras dos generaciones al "mal padre" sólo se le exigía ser responsable económicamente y se le criticaba en golpear o maltratar a sus hijos (como aún sucede en algunos estratos populares). Hoy día se le suma una nueva exigencia: ser expresivo y cariñoso con los hijos. Como continuación de una experiencia que comienza a surgir en los años sesentas con los padres de la actual generación de jóvenes, en la época actual no sólo la familia educa, sino también la escuela, el Estado y, sobre todo, los medios masivos. La cultura modernizadora y liberalizante de los medios masivos entra muchas veces en conflicto con la autoridad de padres conservadores, muchas veces desautorizándolos. En estas nuevas representaciones de padre, los jóvenes se vuelven menos tolerantes a aceptar condiciones de autoridad o imposición por parte del adulto.

Estos ideales expresados retóricamente contribuyen sutilmente a desplegar procesos ideológicos de "normalización y anormalización". Es decir, que dichos ideales contribuyen a que algunos jóvenes se hagan más sensibles a la frustración. Los nuevos valores o ideales sociales hacen más sensibles a los jóvenes a idealizar imágenes de relaciones de comunicación sin dificultad o a ilusionar la existencia de padres perfectos, suplentes y complementarios como si esto fuera natural (y no una fabricación social). El exceso de ideal ayuda a construir la in-competencia misma. La anterior situación se construye mediante diversas formas retóricas.

En relación con el uso de un trato personalizante en esta generación, se puede decir que en

los relatos el joven es involucrado explícitamente por el adulto. Esto es visible en el uso de figuras de inclusión en una acción descrita, donde el menor toma un lugar central como destinatario o como receptor personalizado de diálogo o favores (el discurso se dirige a una primera persona o bien quien habla se incluye en lo que dice). Esto expresa un nuevo lugar de reconocimiento y de integración de los menores como figuras participativas y deliberativas en las relaciones con los adultos. Por otra parte, es al adulto a quien le corresponde la responsabilidad del éxito o el fracaso de la relación de comunicación. Es bastante significativa la idea de "padres colaboradores", (que incluso les ayudan a hacer las tareas escolares). Parece haber poca reciprocidad por parte del menor. Este queda pasivizado y es el adulto el directo responsable de lo bueno o lo malo de la comunicación.

Aunque se conservan algunas características de las generaciones anteriores, en esta se hacen más notorios los cambios sociales, culturales y económicos de la familia, iniciados en la década de los años sesenta. Aunque siguen existiendo las "amas de casa" hay una tendencia al descenso en comparación a la generación de ancianos y padres. Se acentúa el trabajo asalariado por fuera del hogar (obreros de fábricas o empleados en oficinas), pero también comienza a aparecer el trabajador cualificado en hombres y mujeres (auxiliares y tecnólogos) e incluso la profesionalización en algunos (educadores, químicos, abogados, ingenieros). Se radicaliza la educación obligatoria para el menor y su alejamiento del mundo laboral adulto. Estos

cambios son esenciales para entender las transformaciones en las representaciones, prácticas, roles e incluso sentimientos. Son jóvenes netamente ciudadanos (11 nacidos en Cali); aparecen las mujeres profesionales, las mujeres que trabajan por fuera del hogar, las mujeres cabeza de familia (por divorcio, por elección o por madre-solterismo).

Aparecen, también, las parejas de cónyuges que trabajan por igual en distintos sitios por fuera del hogar; es decir, tanto padre y madre son proveedores en las economías domésticas. Junto a estos cambios socio-económicos se hace notorio un nuevo rol de la mujer en la familia y un giro: disminución de la autoridad y el autoritarismo paterno. Aunque continúa la tendencia a valorizar a la madre (como en todas las generaciones) aparece un fenómeno singular a esta generación y es la irrupción de nuevos roles de la mujer (madre que trabaja y llega a la casa a poner normas y a exigirle responsabilidades al hijo, función que era más propia del padre en generaciones anteriores. Aunque la madre pone normas, también hay un trato en primera persona. Se renegocia el rol de la madre (tal vez porque sus nuevas funciones laborales le impiden suplir totalmente al hijo). Los derechos de la mujer colocan a muchas madres de familia en un nuevo lugar de autoridad central (poner las normas, exigir orden y responsabilidad en sus hijos, castigarlos, etc.).

Aparece, también, un acontecimiento central: la planificación familiar, la procreación deseada y la atención médica. Los programas estatales de prevención, junto a las consignas educativas de médicos y psicólogos, promueven un nuevo valor que marca la crianza y la

comunicación con los menores: los hijos deben ser deseados, estimulados, guiados y ayudados a crecer. Las condiciones socio-económicas también contribuyen a la generación de una aparente condición privilegiada del menor: pocos hijos a los cuales darles una mayor dedicación. Se produce el surgimiento de un nuevo rol del padre que podríamos denominar como "los padres amorosos" (que giran en torno a las demandas afectivas del menor, promovidas por los especialistas y los medios masivos). Son padres que comparten, reemplazan e incluso "usurpan", ciertas funciones o actitudes tradicionalmente consideradas como exclusivas de las madres. Son padres blandos que en vez de castigar "conversan" con sus hijos. Se interiorizan con mayor énfasis ideales igualitarios y democráticos que benefician al menor (al menor no hay que castigarlo sino explicarle o ayudarlo a reconocer sus errores). Se podría señalar, además, que las funciones de padre y madre (como también la valoración del menor y de un nuevo estatus en la familia) se configuran alrededor de dos preocupaciones centrales: el control y el encaminamiento del menor hacia el estudio y el control de las diversiones (muchos padres asalariados se quejan de no haber estudiado y no haber disfrutado la vida y transmiten a sus hijos dichos ideales). La socialización del menor sirve muchas veces de disculpa para proyectar la realización de posibilidades fallidas de los adultos.

El estudio se radicaliza como la puerta preferida para el ascenso y el reconocimiento social. Pero, a su vez, la considerada por muchos padres como "la única responsabilidad del menor" se ve amenazada por los valores

hedonistas que promueven otros "roles alternativos", asignado a los jóvenes, sobre todo, en la cultura de los medios masivos (los jóvenes deben divertirse, ser felices, estar contentos y activos permanentemente, cuando no, experimentar de vez en cuando emociones fuertes). Esto último configura los contenidos de las relaciones de comunicación y de las relaciones afectivas entre padres e hijos, por ejemplo: ayudar en las tareas escolares y cierta normatividad flexible sobre el uso de las diversiones y el tiempo libre de los menores.

Esta generación se caracteriza, también, por el acrecentamiento de los medios masivos, la globalización de las economías y las culturas y por la afirmación de los valores de la sociedad de consumo. Hedonismo, nuevas elecciones, nuevas frustraciones, diversidad familiar, socialización masificada por los medios masivos y la publicidad; los especialistas que irrumpen el hogar con otros valores educativos y comunicativos, las mujeres que ya no viven únicamente para ser mamás y criar hijos. En esta generación, a diferencia de los años sesenta, los valores individualistas irrumpen desde las márgenes y entran a ocupar un valor central (el individualismo no se opone, sino que se monta sobre una sociedad marcada por la masificación y la globalización). Los valores democráticos, igualitarios o liberales. (El divorcio, la unión libre, las relaciones prematrimoniales, el homosexualismo, etc.), ya no son satanizados como en los años sesenta. Culto al cuerpo, a la salud y a la belleza física; singularidad, a los valores hedonistas, a la auto-realización personal por encima del bien colectivo.

Hoy día todos estos valores e ideales, que antes eran vistos como subversivos, son par-

te central del capitalismo de consumo. Desaparecen las identidades rígidas, aumenta la libertad de deseos y elecciones (por lo menos en hipótesis). Proliferan la diversidad de valores y costumbres. Transformación de las sociedades disciplinarias del vigilar y castigar vueltas tolerantes, permisivas. Liberación, relajamiento, desacralización, reino de la aceleración y lo efímero, desinterés por las permanencias, culto a las modas, al cambio, a lo frívolo, los cuerpos bellos, las operaciones estéticas, la liberación personal, obsesión por un yo flexible, imaginario, difuso (yo pastiche, creencia cambiante) (Gergen).

Retóricas sobre la comunicación con los padres según algunos jóvenes

Usar hipérboles, amplificaciones, generalizaciones y redundancias para acreditar la comunicación con el padre

Como se señaló anteriormente, en los enunciados de los entrevistados emerge una nueva representación de comunicación con los padres facilitada por la aparición de un nuevo tipo de padre varón, afectuoso y pendiente de los hijos. Un padre “amigo de sus hijos” que juega con ellos, los estimula, los guía, les explica, fomenta el diálogo y la confianza. Figura deudora del gran mito social de la comunicación como puerta para la armonía y la felicidad (frente a dramas humanos con la convivencia, la soledad y la muerte). Al parecer presenciamos la irrupción, en los enunciados de esta generación, de una transformación en las relaciones de comunicación familiar marcada por cierta ilusión de una de “danza ritual”, o “comunidad democrática”.

A continuación aparecen una serie de hipérboles (exageración, agrandamiento de un suceso como: “la relación con mi padre fue muy

buen”; “siempre de niña conmigo me colaboré con las tareas”; “la comunicación con mi padre era excelente”), amplificaciones (graduación de términos para pintar vivamente una situación o persona: “compartía mucho tiempo conmigo, me daba cariño, me ayudaba en mis tareas o en lo que tuviera problemas”), generalizaciones, (a partir de un caso se sacan conclusiones generales a todos los casos: “siempre fue muy buena, siempre. Siempre trató de aconsejarme...”, “... siempre me trató de ayudar y me sigue ayudando en todo lo que yo necesite”); metáforas (“... porque mi papá me adoraba...”; “Yo de niña me proyecté hacia mi padre y me dio el famosísimo complejo de Edipo”).

Hay en los actuales jóvenes una demanda de autonomía, derechos y atención por parte del adulto; sentirse o solicitar ser el centro de adoración; demanda de padres “chéveres” y complacientes, que los atiendan. Esto los hace ser más sensibles a reclamar derechos, pero a su vez esta situación es un campo de cultivo para generar algunas frustraciones y paradojas visibles en el choque entre “estereotipos” y el “deber ser”, entre la realidad y la idealidad (lo que piden los modelos sociales –de los medios masivos– de lo que debería ser un “buen padre” y una “buena comunicación” y lo que en realidad sucede).

Usar hipérboles, amplificaciones, generalizaciones, redundancias y metáforas para desacreditar, censurar o culpabilizar al padre por el tipo de comunicación (en jóvenes)

En esta generación, al igual de lo sucedido con la generación de adultos, aunque la valoración negativa de la comunicación con el padre continua siendo superior a la valoración de la madre, es importante señalar que disminuyen notoriamente las quejas por maltra-

tos físicos o verbales (sólo dos reportes en todas las dieciséis entrevistas realizadas a jóvenes), tan comunes en las dos generaciones anteriores. Las quejas o desacreditación hacia el padre se caracterizan por calificativos o metáforas tales como: "poca presencia", "muy frío", "escasa", "regular", "poco cariñoso", "seco", "bastante cerrado"; es decir, emergen nuevos calificativos ante nuevas vivencias de déficit y malestar, marcadas por nuevas idealizaciones sociales de comunicación que obran sobre la conciencia social a manera de imperativos. Hay aquí la demanda de un padre comprensivo y apoyador, que ofrezca a sus hijos contacto amoroso, cálido, afectuoso, comunicación abierta, abundante. En estos relatos encontramos de manera explícita, la demanda de un nuevo rol de padre, amoroso y amigo (Lipovetsky, 1983; Maffesoli, 1985; Lasch, 1995).

Lo anterior se hace más notorio en esta generación en comparación con las otras dos (en la generación de los ancianos se conformaban con un padre proveedor) mientras que en esta generación se normalizan y se vuelven hegemónicas las demandas de libertades, diversiones y relaciones laxas que comenzaron a producirse en los años 60. La entronización social de nuevos roles de padres "chéveres", de relaciones democráticas con padres amorosos y suplentes, promovidos en los medios masivos, en el discurso de los especialistas, en las comparaciones con los grupos de pares (que hoy día son referentes fundamentales de socialización), hacen más notorio, por contraste, la vivencia de falta y con ello, el choque con los adultos, sobre todo, cuando estos últimos se apegan a modelos tradicionales.

Aparecen una serie de estrategias retóricas donde se expresan las vivencias de malestar y desacreditación ante las relaciones con sus padres mediante figuras tales como hipérbolas (o exageraciones. "...la comunicación con mi papá era malita..."); amplificaciones (gradación de términos para pintar vivamente una situación o persona: "...él llegaba cansado, un poco malgeniado, entonces como que no me acercaba mucho a él, por el hecho de ser mujer..."); generalizaciones (a partir de un caso se sacan conclusiones generales a todos los casos: "...pero no hubo buena comunicación con nosotros en ningún momento"); metáfora ("...fue una persona fuerte, se comunicaba por medio de sus golpes").

En estos relatos reaparecen géneros narrativos similares a los vividos por la generación de los adultos con sus padres, tales como la censura, la crítica, la moraleja educativa y unas dramáticas familiares con héroes y antihéroes. El "villano" ya no solamente es el padre sino que ese rol también lo puede ocupar la madre. Esta vez, el rol protagónico no siempre lo ocupa el padre, quien sigue actuando en el lugar de "malo de la película" (como en la generación de los padres), en tanto el joven goza de otros referentes de apoyo que lo colocan en un rol protagónico (ideales de los medios masivos, el grupo de pares y los especialistas).

Formas de representar la comunicación con la madre en los jóvenes

Aunque hay un interesante repunte de la valoración positiva de la figura paterna (seis narraciones), predomina en la generación de los jóvenes una mayor valoración positiva de la comunicación con la madre (la mitad de los entrevistados).

Uso de hipérbolos, amplificaciones, generalizaciones y redundancias para desacreditar, censurar o culpabilizar a la madre por el tipo de comunicación (jóvenes)

Aunque no son muy abundantes (cuatro relatos) este tipo de relatos expresan una queja contra la madre por el tipo de comunicación. Los nuevos modelos de madre, los nuevos roles de la mujer, desnudan a veces situaciones conflictivas. Puede ser que la exigencia de un padre varón flexible, simpático, poco frustrante, amigo de los hijos, genere a veces un desentendimiento de esa función tradicional de autoridad que intenta ser suplida a veces por las madres. O bien, es común que las nuevas funciones de madre trabajadora obligue a romper con el ideal social de madre amorosa y alcahueta; sobre todo cuando la madre comienza a solicitar colaboración y responsabilidad a los hijos (cuando ella tiene que trabajar por fuera).

Vemos en estos reproches contra la madre la demanda implícita porque la mujer responda a una supuesta ley natural o social que la hace sensible, solícita, de allí que si una madre no se acomoda a ese lugar, es desacreditada. Es bastante significativo que las valoraciones que acreditan la comunicación con la madre provienen mayoritariamente de hijos varones, mientras que las expresiones de descrédito de la madre son principalmente por parte de las hijas, que se quejan de un “trato rígido”, “fuerte”, “frío”, “serio”, “humillativo” o de “malgenio”. Las tensiones se generan principalmente por las críticas de la madre a la no actividad de la hija, el no ayudar en tareas domésticas. Parece ser que las madres educaran

diferencialmente a las hijas con una preocupación central por su no actividad (inculcarles más valores y más responsabilidades que a los hijos varones). En esto hay continuidad con las otras generaciones. En estos relatos es visible que la madre ya no vive únicamente para los hijos, pues trabaja, estudia (o desea hacerlo). El hedonismo de los hijos comienza a ser vivido como una carga para algunos adultos –de clase media-popular– que presienten que ellos también tienen o pueden tener su propia vida, deseos y sus propios derechos (en la generación de los padres de los años sesenta es notoria la figura de la madre abnegada, ama de casa dedicada a la fecundidad y entregada a cuidar a los hijos): “...la comunicación de mi madre conmigo no era buena, porque ella se la pasaba trabajando, por eso casi no me dedicaba tiempo...”.

Uso de hipérbolos, amplificaciones, generalizaciones y redundancias para acreditar la comunicación con la madre (en jóvenes)

En este sub-tema reaparece la figura materna amiga, calificada con una serie de figuras retóricas en las que sobresalen las hipérbolos (“mi madre era excelente”), las generalizaciones (“yo le contaba a ella todo”; “en ella siempre tuve un amiga”; “me apoyaba en todo”), y las metáforas (“remanso de tranquilidad”, “gran apoyo”). No nos extenderemos en los análisis por considerar que se reitera lo dicho en las nuevas generaciones de padres, en los cuales vemos la continuidad de la gran idealización social que reposa sobre la figura materna, la continuación de la idea de la maternidad como una ley lógica, como un presupuesto natural.

Discusión de resultados

Las retóricas legitiman representaciones

La retórica es un elemento clave en las interacciones. Hace referencia a una operación persuasiva sutil mediante la cual un sujeto influye a otro –y a sí mismo– con palabras y comunicaciones no verbales, (modificando de esta manera sus creencias, saberes y emociones). La retórica no depende de la coacción directa sino de la eficacia práctica montada sobre las emociones (por lo cual se relaciona con la magia, la hipnosis y el amor). La retórica posibilita el simulacro de la demostración racional. La retórica trueca emociones en razones lógicas, volviendo contundente para un grupo determinada creencia. Hay una esencia emotiva previa a la constitución de las representaciones que ha sido poco estudiada. El poder de la retórica estriba principalmente en la capacidad de movilizar vínculos e identificaciones afectivas y cognitivas imponiendo un significado como compartido en una comunidad mediante sugestión, fascinación o seducción. Siempre un sujeto está referido a los otros, necesita de los otros para su constitución, reconocimiento y afirmación. La persuasión retórica induce a la formación de vínculos grupales (generacionales, sexuales, raciales) por la construcción de ideales compartidos (Freud, 1926). El individuo en grupo se ve compelido a la connivencia persuasiva para aspirar al amor, el reconocimiento, la construcción de una identidad y la protección de un grupo. La retórica es una poderosa, constante y silenciosa máquina estética constructora de realidades cotidianas, roles, actitudes, ideales, hábitos y afectos (aceptación-rechazo, amor-odio, simpatía-antipatía).

Las representaciones legitiman realidades e imponen sentidos compartidos

Las representaciones cumplen un papel socializador esencial en tanto se vinculan a las experiencias de interacción social, con la función de organizar, hacer coherente y creíble una versión de realidad, tramitando los acontecimientos de manera narrativa (Bruner, 1990), imponiendo identificaciones y significados compartidos en torno a ideales de relación, roles, creencias y prácticas de comunicación. Mediante las representaciones, determinada realidad social se auto-legitima, dándose coherencia. El discurso retórico cumple así una función social (Van Dijk, 1997). Una función central de la representación es sostener, proteger y dar coherencia a una práctica construyendo una versión legítima de realidad. Más que informar, la representación tiene un papel valorativo (situándose como un deber ser). Una estrategia para vislumbrar el papel esencial de las transformaciones sociales en los cambios familiares en la comunicación es hacer un estudio histórico en tres generaciones, mostrando el paso de la familia rural de comienzos del siglo XX a la familia urbana, cosmopolita que comienza a florecer a partir de 1960 (generación de los adultos). (Aries y Duby, 1987). Al historizar y contextualizar socialmente los relatos, percibimos la memoria de diversos modelos socializadores familiares que muestran una fuerte tendencia a la complejidad, la conflictividad, la paradoja y la pluralidad. Los procesos sociales se expresan en procesos retóricos particulares que van construyendo, normalizando e imponiendo de época en época, versiones de realidad y normalidad legítima.

La representación constituye el objeto que supone solamente describir. La estructura o sistema no es una pre-esencia. Por esta razón cada cultura generacional produce formas distintas al imponerle determinada organización y coherencia a los acontecimientos. Para lograrlo, reduce lo múltiple a un esquema simplificado de clasificaciones, creando así un mundo común de significados compartidos por una comunidad (Focault, 1968). Estos particulares significados compartidos por grupos de sujetos se imponen cotidianamente por mecanismos de persuasión e identificación. Hoy como ayer, los adultos, tras sus buenas intenciones de ayudar al menor a desarrollar su personalidad, terminan construyendo, imponiendo y orientando inevitablemente el significado de la realidad o el sentido de sus vidas. El proceso socializador, más que una búsqueda neutral del sentido, nos muestra realmente la imposición interesada de sentidos particulares y la lucha contra las diferencias (Martin Barrero, 1987).

En el presente texto se presenta, pues, un estudio del tema de la representación social más allá de su consideración tradicional, que la reduce a ser un contenido reflejo de una realidad regular, aparte de la descripción; o una entidad mental interna, estable, totalizante y propia de una subjetividad autónoma (llámesele pre-juicio, predisposición, sentimiento, imagen, actitud, motivo o razón). Según estas acepciones clásicas, las representaciones serían el reflejo de las percepciones que tenemos de un mundo pre-existente, ("pre-esencia" de hechos que están allí y que la representación lograría captar o traducir de manera objetiva y neutral). Se ignora así que la representación social es una entidad com-

pleja, situada y producida intersubjetivamente en contextos y prácticas sociales. Hay una falsa oposición entre lo individual y lo social que tiende a ignorar la circularidad entre estos dos. Las mal llamadas "representaciones individuales" también son sociales. Una representación no es un mero fenómeno marginal que describe desinteresada y objetivamente una realidad normatizada "per se", o un mundo preordenado.

Por el contrario, creemos que la representación es una labor interaccional, productora de narraciones que al producir categorías descriptivas (por ejemplo sobre "hechos" del pasado), al atribuir nombres, epítetos, va privilegiando e imponiendo sistemas retóricos que otorgan sentido, "hacen cosas" con los acontecimientos, construyen hechos, generan juicios, efectos y afectos, que se diseminan en el relato conversacional de una manera interactiva (como una fuerza constructora que incluye lo no verbal), obrando fuertemente en la construcción misma de la realidad, haciéndola verosímil, creíble y compartida por varios sujetos. El relativismo de la representación introduce, pues, un elemento de complejidad estudiable desde las retóricas y las narrativas prácticas cotidianas (Reyes, 1990).

Reconocemos que las expresiones de comunicación que se ponen en juego entre los sujetos son representaciones (en tanto conocimiento compartido interiorizado que orienta las acciones de las personas, su formas de pensar y significar la realidad en la vida práctica). En esta investigación se privilegió el estudio de dichas representaciones de la comunicación familiar, pensándolas como el resultado de un proceso en el cual las formas estético-retóricas participan de

manera activa, fabricando o construyendo los hechos mismos, legitimando-deslegitimando, acreditando-decreditando, normalizando-anormalizando, las concepciones y prácticas sociales de comunicación de determinados grupos en determinadas épocas y contextos. Las figuras retóricas objetivizan las diversas descripciones narrativas y construyen la fuerza de verosimilitud de distintas versiones de realidad comunicativa familiar para cada generación (o mejor, según los diferentes contextos de origen). La fabricación de los hechos mismos sobre el tema de la comunicación, es un campo de imposición de concepciones de realidad, roles y relaciones familiares, que a veces deviene en campo de conflictos, al neutralizar las diferentes formas de vivir y entender la realidad desde diversas culturas familiares tradicionales, modernas o contemporáneas.

Lo social imperante habla a través de las representaciones, ocultando guerras por la imposición de significados

Es lo social imperante, con sus formas económicas y culturales, lo que hace creíble y legítima una versión y no su correspondencia con hechos objetivos, naturales o con normas universales. Se entiende así, porque para algunos ancianos resulta admisible una práctica tan desacreditada en la contemporaneidad, como lo es el castigo físico de los menores. La diversidad de relatos y retóricas (con algunas regularidades generacionales) pone en evidencia el carácter construido, impuesto, cambiante y estético de las diferentes experiencias y memorias que intentan dar cuenta de modelos o representaciones epocales de comunicación y socialización. (Vásquez, 2001). Vemos que este proceso

socializador es una verdadera "lucha por el significado", en el sentido de la co-existencia conflictiva en nuestras culturas familiares de varias representaciones contrapuestas de formas de socialización, valoraciones del menor, roles de padre e hijo.

En la medida de su afianzamiento, van ocultando una serie de guerras por la imposición y la toma del poder de fuerzas sociales, de las cuales los sistemas narrativos y retóricos son, tal vez su parte más visible. Tras las operaciones socio-retóricas se alcanzan a develar diversos matices de contradicciones y campos de conflicto entre diferentes concepciones y prácticas, de las cuales la más visible es la lucha entre un patriarcado en decadencia y los renacientes valores matriarcales. Estos últimos se manifiestan de manera palpable como pedido en los relatos de los adultos de la generación de los años sesenta y se consolida como conquista en la actual generación de jóvenes. Ejemplo de lo anterior son algunas conquistas actuales en la vida privada y pública, tales como un mejor trato cariñoso en la familia, laxitud en las normas, levantamiento de tabúes sexuales, derechos civiles del menor y la mujer, matrimonio por consentimiento mutuo y amor, mayor autonomía, participación y diversidad de elecciones. Es decir, las representaciones nunca dan cuenta de un saber objetivo inocente y neutral sobre un orden fundamental familiar natural, inmutable (en ese caso el orden patriarcal o el resurgimiento feminista o matriarcal). Al mostrarse el carácter formal y cambiante de dichas representaciones, en tanto retóricas prácticas relativas a cada contexto generacional, se logra establecer una serie de comparaciones históricas epocales, mostrando que

los ideales de comunicación son productos sociales de conflictos históricos, en los cuales un poder (en lucha con otras voces y contra poderes) construye la legitimidad de una versión o bien, se camufla, se mezcla o convive para no ser destronado por otras fuerzas o poderes. La crisis de la cultura patriarcal y el surgimiento de nuevas culturalidades (en las cuales lo femenino ocupa un lugar importantísimo) tiene por esta razón diversas lecturas, desde las más liberales hasta las más conservadoras. Es innegable que buena parte de las actuales vivencias de caos y crisis en la vida contemporánea son deudas de la irrupción y la tolerancia ante estas nuevas formas, fuerzas y poderes, pero también es cierto que las sociedades tradicionales lograban su estabilidad al costoso precio del sometimiento y la marginación de la diferencia (por ejemplo, de la mujer y del menor).

En tanto hay sutiles batallas retóricas cotidianas, las representaciones no son tan estables como lo aparentan. Cuando las prácticas sociales se transforman, o cuando surgen otras sensibilidades, hábitos y experiencias sociales, las representaciones hegemónicas de un contexto espacio-temporal entran en conflicto con otras representaciones nacientes y diferentes (Casado y Calonge, 2001). Se producen, entonces, conflictos que pueden conducir bien sea a la muerte o a la diversificación de una representación (como intento desesperado de sobrevivencia). Irrumpen así fuerzas sociales con formas ordenadoras que tramitan estilos de vida, roles, estatus, que buscan encauzar al menor de una manera y no de otra; ordenar la pluralidad, guiar el paso de la niñez a la edad adulta, manejar las ambivalencias afectivas, el auto-dominio y la in-

tegración de emociones y tendencias de la personalidad; dar forma a pasiones informes, nacientes o desconocidas, promover formas particulares de fuerza, hombría, feminidad, agresividad, pasividad, afrontamiento del dolor, del amor, la finitud, la muerte, de integrarse a una comunidad, de significar y darle sentido a la vida.

Conclusiones

En esta investigación se muestra el proceso retórico-social como una base sobre la cual se apoyan y se imponen unas particulares formas de representación que construyen determinada referencialidad, la cual termina siendo aceptada como natural, universal o fundamental por determinado grupo o generación. Al darse como un hecho incontrovertible y al asumirse sin cuestionamiento, determinada representación de comunicación (como si fuera permanente, única y necesaria a determinado grupo social), se generan sutiles conflictos y exclusiones, pues se niega el carácter diverso de las transformaciones sociales y los contextos espacio-temporales donde se desenvuelven los actores. Pero sobre todo las representaciones al acreditar sus propias categorías, se defienden sutilmente de la irrupción de otras versiones de realidad. Por esta razón se concluye en esta investigación que hoy día vivimos en lo social una serie de guerras subterráneas y cotidianas, de las cuales son expresión las diferentes formas retóricas.

Las distintas concepciones epocales en torno a la socialización y la comunicación fami-

liar, develan la lucha entre versiones de realidades. En ellas las prácticas de la cotidianidad familiar, determinadas por los cambios sociales, forman parte activa. Si bien, las representaciones son determinadas por las prácticas sociales, estas forman parte de dicho proceso de producción de subjetividades. Lo que denominamos "significados compartidos" llegan a serlo precisamente por el poder de influencia, sugestión o persuasión que cumplen las retóricas epocales. Las retóricas y estéticas pragmáticas son tal vez la parte más visible de dicha lucha.

Hay distintas formas históricas de socializar al menor. No hay una naturaleza humana esencial a desarrollar de forma homogénea. El reconocimiento de la diversidad de contextos y prácticas sociales obliga, entonces, a romper con la idea de representaciones universales de la comunicación familiar que, como un "deber ser", tengan que ser internalizadas por todos los menores. Esto obliga a buscar conocimientos culturales más relativos y locales. De igual manera, la descalificación de determinadas prácticas que son calificadas como "atrasadas" o "bárbaras" (como por ejemplo el maltrato a menores), lo son no por los acontecimientos mismos, sino por la irrupción, el predominio y la imposición de un punto de vista (en este caso contemporáneo), más neutral o más científico que los anteriores métodos educativos.

Más allá de la definición tradicional, las representaciones, como conocimiento que capta y transmite los hechos "tal como son", vemos en ella una operación retórica de persuasión; es decir, de imposición sutil de realidades (prescribir "como deben ser los hechos"). Al

ordenar lo real y producir tramas organizadas de sentido, las representaciones producen y son producto de una operación estética que consideramos definitoria en el mantenimiento, legitimación y normalización de prácticas, significados, saberes, roles y actitudes. Por medio de determinada representación se objetiviza, se produce selectivamente, una idea o modelo de referencialidad; se trata de imponer a los otros un sentido o un modo de actuar, o se busca orientarlo sutilmente desde un interés hacia un orden particular y no hacia otro. Esto quiere decir que la representación evalúa desde perspectivas de poder e intereses particulares que validan un punto de vista mediante retóricas que normalizan, legitiman o deslegitiman una versión u otra, determinando qué es significativo y qué no. Es así como se producen los significados compartidos que terminan naturalizándose como las soluciones únicas.

Se puede señalar, finalmente, que además de su papel central en la homogenización y la dominación, puede haber un papel crítico y transformador de la retórica y los géneros discursivos³ en esas ancestrales luchas de colonización socializadora. El reconocimiento de la diversidad y la diferencia permite pensar que no hay soluciones únicas a los problemas humanos. Sobre todo porque los problemas humanos no son iguales en todos los lugares y épocas. La diversidad de relatos orales sobre la comunicación familiar expresan distintos modelos socializadores, provenientes de prácticas populares de diversos orígenes que tal vez son expresión de largas y ocultas luchas en la conformación de las identidades nacio-

nales y la imposición de significados. Lo anterior supone el reconocimiento del papel central de las prácticas, determinantes tanto en el surgimiento como en el eclipse de representaciones, conocimientos o versiones de realidad. Se necesitan soluciones singulares, locales, micro-culturales que

(más allá de rendirle culto a saberes especializados y preestablecidos) reconozcan la multiplicidad de dichas prácticas y que sean sensibles a sus movimientos, esta vez, de una manera crítica, flexible y con un compromiso con la defensa de la diferencia y la diversidad en los sujetos y en los grupos.

GENERACIÓN DE ANCIANOS

5 de 15 ancianos legitiman o acreditan la comunicación con el padre.

5 de 15 ancianos deslegitiman abiertamente la comunicación con el padre.

5 de 15 ancianos lo cuestionan pero son ambiguos y atenúan sus críticas.

6 de 15 ancianos legitiman la comunicación con la madre.

6 de 15 ancianos deslegitiman abiertamente la comunicación con la madre.

3 de 15 ancianos la cuestionan pero son ambiguos y atenúan sus críticas.

Características predominantes halladas en la generación de ancianos

1. Función socializadora central de la familia. País rural, vida campesina y en pequeños poblados. Familias muy normatizadas. Fuerte tendencia al autoritarismo. Rutinas y roles muy jerarquizados y ritualizados. Padres de acuerdo en sus normas. Poco espacio a la espontaneidad y a las reivindicaciones personales de sus miembros (predominio de valores grupales).
2. El padre como pequeño propietario (padre patrón de pequeña parcela o taller). Predomina la familia como pequeña unidad de producción.
3. Se legitima golpear y maltratar al menor (mujeres e hijos con pocos derechos civiles).
4. Poco amor maternal: poco cuidado al menor, predominan los cuestionamientos a padre y madre por no ser complacientes ni cariñosos y por castigar duramente a los hijos. Los padres no suplían a los hijos. Menor sin un mundo propio (permanente uso del plural).
5. Se plantea que había muy poca comunicación con los padres. Que solo recibían órdenes o indicaciones normativas. No había diálogo o reconocimiento.
6. Sin embargo, predominan las retóricas legitimadoras y atenuadoras de este tipo de relaciones de comunicación.
7. Menor trabajador. Se le exige que contribuya a la economía doméstica (condición más o menos asumida por el menor).

8. Gran poder y respeto hacia la autoridad y el rol paterno. Al padre sólo se le exige que responda económicamente.
9. La sumisión y la obediencia son vistas como virtudes a inculcar (sobre todo a las hijas).
10. Valores austeros, conservadores y religiosos.

GENERACIÓN DE ADULTOS

- 10 de 15 adultos deslegitiman y desacreditan la comunicación con su padre.
2 de 15 adultos legitiman la comunicación con el padre.
3 de 15 lo cuestionan, pero son ambiguos y atenúan sus críticas al padre.
11 de 15 adultos legitiman y acreditan la comunicación con la madre.
1 de 15 adultos desacreditan abiertamente la comunicación con la madre.
3 de 15 adultos cuestionan a la madre pero son ambiguos y atenúan sus críticas.

Características predominantes halladas en la generación de adultos.

1. Vertiginosos cambios sociales culturales y económicos. Migración a las ciudades. Paso de un país rural a un país urbano. Época de tránsito hacia la modernidad.
2. Irrupción de una nueva época que comienza a promover la transgresión a las normas del padre patriarca. Irrumpen los derechos de la mujer y del menor. Desacralización de los valores religiosos. Liberación sexual.
3. Comienza el cuestionamiento de los valores disciplinarios. Descrédito y culpabilización al padre.
4. Pedidos sociales de cambio de estatus en el rol de la mujer y del menor. Mujeres e hijos menos sumisos al marido y al padre.
5. Culto a la figura materna acompañado de una impugnación al padre (sus normas comienzan a ser vividas como autoritarias).
6. Visibilidad de otras culturalidades en los medios masivos. El discurso de los expertos irrumpe en la vida familiar cuestionando los valores tradicionales; irrumpe el discurso social del maltrato (los castigos y el trato exigente al menor comienzan a ser vistos como traumatizadores). Pedido de valoración del menor.
7. Rol del menor reducido al de estudiante (retirado del mundo adulto y laboral).
8. La mujer y la madre comienzan a escucharse como voces válidas y autónomas al padre.
9. Se entronizan nuevos ideales de infancia y de maternidad.

GENERACIÓN DE LOS JÓVENES

6 de 15 jóvenes acreditan o legitiman la comunicación con el padre.

6 de 15 jóvenes desacreditan la comunicación con el padre.

3 de 15 jóvenes lo cuestionan pero son ambiguos y atenúan sus críticas.

8 de 15 jóvenes acreditan o legitiman la comunicación con la madre.

4 de 15 jóvenes desacreditan o deslegitiman la comunicación con la madre.

Características predominantes halladas en la generación de los jóvenes

1. Consolidación de una nueva valoración al menor y a la mujer (respaldada por leyes tales como los derechos del menor en la Constitución de 1991). Nuevos valores de crianza. Los hijos son deseados, elegidos, estimulados, guiados y ayudados por los adultos; se trata de evitar que tengan dificultades.
2. Padres que aman a los hijos y usurpan funciones antes atribuidas como exclusivas de las madres. Adultos amigos que comienzan a girar alrededor de la satisfacción de demandas y anhelos del menor.
3. Consolidación de otros valores socializadores venidos de los medios masivos y de los especialistas. Ideales psicologistas. Los hijos deben ser amados incondicionalmente.
4. La familia deja de ser una unidad de producción y se afianza como unidad de consumo. El menor adquiere un mundo propio aparte de la familia. Predominio de la sociedad de consumo con valores supremos como el culto al cuerpo y los valores hedonistas.
5. Duda de toda autoridad. Decadencia del padre omnipotente y autoritario. Condena social del maltrato como forma de socialización o crianza (al igual que de la frialdad). Crisis de la sociedad disciplinaria.
6. Nuevo rol de la madre. Irrupción de las madres trabajadoras cabeza de hogar. Madres que comienzan a normalizar a sus hijos bajo nuevos parámetros.
7. Nuevas relaciones de comunicación y diálogo más permisivas, flexibles y democratizantes. El hijo es reconocido e incluido en la toma de decisiones.
8. Con el padre y la madre amiga se comienza a valorar el contacto, la ternura y las caricias.
9. Roles e identidades flexibles. Padres que no buscan transmitir o reproducir el orden familiar que recibieron, ni tampoco inculcar modelos o roles de identidad. Adultos que aprenden a ser papás con sus hijos (o a delegar sus funciones).
10. Promoción de nuevos valores como el desarrollo autónomo del menor y la auto-realización personal. Nuevos procesos de individuación gobernados por los medios masivos y los especialistas.

11. Vivencia de la norma, la disciplina y el límite como algo frustrante y dañino para el libre desarrollo del menor.
12. Cultura liberalizante del goce y del individualismo. Menor cada vez más alejado del mundo, las responsabilidades y las actividades adultas (ser adulto comienza a ser visto como un rol no deseado).
13. Paradójica irrupción de nuevas frustraciones. Dado que el joven se vuelve más sensible a las frustraciones y a las dificultades, los ideales se vuelven más exigentes y contradictorios (por ejemplo, la protección al menor comienza a ser vivida por estos como encarcelamiento).

Bibliografía

- ACEVEDO, D. (1995). *Las mujeres en la historia de Colombia*. Tomo II. Norma. 1995.
- ARIES, P. y DUBY, G. (1987). *La vida privada en el siglo XX*. Tomo 9. Buenos Aires: Taurus. pp.249-305.
- BADINTER, E. (1980). *¿Existe el amor maternal?* Barcelona: Paidós, 1981.
- BERGER, P. y Luckmann, T. (1995). *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno*. Barcelona: Paidós, 1997.
- BRUNER, J. (1986). *Realidad mental y mundos posibles*. Barcelona: Gedisa. 1998. p.182.
- BRUNER, J. (1990). *Actos de significado*. Madrid: Alianza, 1998. pp. 55-61.
- CASADO, E. y CALONGE, S. (2001). *Conocimiento social y sentido común*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 2001.
- CASTELLANOS, G. comp. (1994). *Discurso género y mujer*. Colección estudios de género. Cali: Universidad del Valle, Facultad de Humanidades, 1994.
- DAZA, G. y ZULETA, M. (1997). *Maquinaciones sutiles de la violencia*. Bogotá: Siglo del hombre editores, DIUC-Universidad Central, 1997. p.163.
- DELAISI, G. y HURSTEL, F. (1986). *La paternidad a la francesa*. Cuadernos de psicología. Psicología del niño. Vol. 12. Cali: Universidad del Valle. Cali-Colombia, 1992. pp. 91-139.
- DUCROT, O. y TODOROV, T. (1974). *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Décimo segunda edición. México: Siglo XXI. 1986. pp. 315-318.
- ELIAS, N. (1968). *El proceso de la civilización*. Bogotá: Fondo de Cultura. 1997.
- FOUCAULT, M. (1963). *El nacimiento de la clínica*. Madrid: Siglo XXI, 1989. p.263.
- FOUCAULT, M. (1968). *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI, 1978.
- FREUD, S. (1912-1913). *Tótem y tabú*. Madrid: Biblioteca Nueva. 1984. p.1745.
- FREUD, S. (1921). *Psicología de las masas*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1984.
- GERBEN, K. *El yo saturado*.
- _____ . (1994). *Realidades y relaciones*. Barcelona: Paidós, 1996. p. 398.
- GUTIÉRREZ, V. (1975). *Familia y cultura en Colombia*. Medellín: U. de Antioquia, 1996.
- LASCH, C. (1995). *La rebelión de las élites*. Barcelona: Paidós, 1996.
- LIPOVETSKY, G. (1983). *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama, 1998. p.220.
- LYOTARD, F. (1979). *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra, 1987.
- MAFFESOLI, M. (1985). *De la orgía*. Barcelona: Ariel, 1996.
- MAFFESOLI, M. (1988). *El tiempo de las tribus*. Barcelona: Icaria, 1990.
- MARTIN BARBERO, J. (1987). *De los medios a las mediaciones*. Barcelona: Gili, 1991.
- POTTER, J. (1996). *La representación de la realidad*. Barcelona: Paidós, 1998. p.193.
- REYES, G. (1990). *La pragmática lingüística*. Barcelona: Montesinos, 1994.
- VAN DIJK, T. (1997). *El discurso como interacción social*. Barcelona: Gedisa, 2000, p. 42.
- VAN DIJK, T. (1994). *Análisis crítico del discurso*. Cuadernos de maestría No. 2. Facultad de Humanidades. Cali: Univalle. 1994. 93 pp.
- VASQUEZ, F. (2001). *La memoria como acción social*. Barcelona: Paidós, 2001. p. 23).
- WHITE, H. (1973). *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura. 1986.
- WHITE, H. (1987). *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona: Paidós, 1992.